4
GUERRA

I

Residencia de Dohr Ukanaka, Or.

El benévolo sol de Or, se alzaba todavía bajo sobre las colinas occidentales del planeta. Derramaba su característica luz blanca sobre la piel de Dohr Ukanaka, mientras disfrutaba de un exquisito desayuno a base de Glóssis de temporada, un tazón de leche de Raah recién extraída y una hogaza humeante del sabroso pan de especias de Ór.

Sobre el entarimado exterior de la Casa del Estanque, el sol del amanecer bailaba con las hojas de un arce rojo de más de 200 años, arrancando destellos brillantes de la vajilla de cristal de agua, y de la lujosa cubertería de acero de Sílice, que armonizaban a su vez con el rítmico movimiento de las suaves olas del estanque. Ukanaka se deleitaba con el ritual de aseo de los patos al amanecer y de los bancos de peces de escamas luminiscentes rojas, verdes y azules, que nadaban entre los nenúfares, lirios de agua y colas de zorro rojas y blancas.

El lago se enmarcaba con bambú y matorral de operlix, abriéndose progresivamente a un bosque de arboles bajos. Al amanecer, se oían cantar los pájaros anunciando las posibilidades de un nuevo día, y al anochecer, las ranas tejían una armoniosa melodía con sus ronroneos, relajando a Dohr Ukanaka antes de sumirse en un profundo y reconfortante sueño.

Desde allí, podía ver como su hijo Suizei Ukanaka realizaba sus ejercicios antes de desayunar, en la amplia terraza exterior que tenia su dormitorio. La limpieza, equilibrio y contundencia con la que Suizei completaba los katas, dejaban traslucir el formidable guerrero que era su hijo y convertía la lucha simulada en un baile exquisito que los ojos expertos de Dohr sabían apreciar como pocos. El cuerpo de su hijo se movía con la armonía de quien ha repetido esos mismos ejercicios hasta hacerlos sin necesidad de pensar. Sus brazos y piernas ejecutaban golpes y defensas con la precisión y contundencia justa, manteniendo su cuerpo siempre en perfecto equilibrio con la maestría que solo un guerrero Szlei era capaz de alcanzar.

Un sirviente se dibujó tímidamente bajo el umbral del dormitorio de su hijo, se inclinó y sin duda, transmitió algún mensaje a Suizei. Este

continuó con los katas ignorando completamente al sirviente, giró en redondo, lanzó dos patadas a media altura y en un abrir y cerrar de ojos, propino al sirviente dos contundentes golpes que terminaron con él en el suelo. Desde la distancia, Ukanaka no podía oír con claridad lo que decía su hijo, pero resultaba evidente que la frustración por la interrupción, se había convertido en una riada incontenible de furia que ahora su hijo descargaba contra aquel hombre que apoyaba ambas manos y la frente en el suelo en señal de sumisión.

- Sienna, dile a Suizei que quiero verlo ahora -anunció Ukanaka con voz serena.

- Como mande mi Señor -respondió la voz suave de Sienna.

La eficiencia de Sienna volvió a quedar de manifiesto cuando en un abrir y cerrar de ojos, Dohr Ukanaka vio a su hijo dejar de chillar y girarse hacia donde él desayunaba. Al cabo de un momento, Dohr Ukanaka terminaba su desayuno justo cuando su hijo y heredero entraba en el entarimado de la Casa del Estanque.

- Tus movimientos son certeros y letales como los de una víbora -saludó Ukanaka.

- Gracias padre. Sienna a dicho que queríais verme -contesto con cierta preocupación su hijo.

- Por letales que sean tus puños, el arma más importante para ganar una guerra, es la información -continuó Ukanaka, ignorando el torpe intento de su hijo de cambiar de conversación-. Si golpeas a tus sirvientes por ser poco oportunos al darte las noticias, quizá en otra ocasión decidan no interrumpirte y te enteres demasiado tarde de los movimientos de tus enemigos.

- En realidad, no era nada importante lo que tenia que decirme -objetó su hijo.

- ¿Eres tu quien decide lo que es importante, o pretendes que sean tus sirvientes quienes lo hagan para no importunarte? -preguntó incrédulo Ukanaka.

- Tiene razón, padre -cedió por fin su hijo bajando la mirada-. No volverá a ocurrir.

- Prepáralo todo para atacar la fortaleza de los Storm -anunció Ukanaka-. No quiero enseñas identificativas ni una batalla campal. Entrarás, eliminaras a Paola, Criss y Conn Storm y volverás -hizo una pequeña pausa para que su hijo interiorizara lo que le estaba diciendo-. Los Storm confían en el campo de fuerza que protege el espacio aéreo y muros de su fortaleza, por lo que no disponen de muchos efectivos sobre el terreno -explicó Ukanaka-. Hace un año, hemos conseguido introducir a un activo entre su guardia. Este activo a saboteado dos de los tres generadores que abastecen el campo de fuerza. Lord Cínero alimenta el campo desde sus generadores en el Gran Palacio y hoy a media noche, habrá una desafortunada avería que nos dará una ventana de dos horas para tomar la fortaleza.

Suizei Ukanaka escuchaba ilusionado las explicaciones de su padre. ¡Por fin podría demostrar su valía dirigiendo a las tropas! Le gustaba la acción. ¿A quien no le podía gustar probarse en combate? Además, puede que hubiese tiempo para divertirse un rato con la señora Storm, no en vano, su belleza era famosa en toda la Federación.

Continuó escuchando a su padre:

- Lo primero que harás será cortar las comunicaciones. Un comando debe colarse en el centro de control y combate de la fortaleza antes de que den la voz de alarma a sus tropas en Sat. Después localiza a Paola y sus hijos y elimínalos. Debe parecer que fue un asalto de piratas Drusos.. Reparte un poco de crueldad aquí y allá. No quiero testigos.

- Se hará como ordenas padre.

II

Camara privada de Paola Storm, Or.

Paola Storm contemplaba su cuerpo desnudo en el espejo holográfico de su cámara privada. Le gustaba tomar un baño antes de acostarse: el agua caliente primero, distendía y relajaba sus músculos y el agua fría al final, activaba su circulación consiguiendo entrar en calor rápidamente después de que Nula la secara convenientemente.

Era como un ritual que su cuerpo reconocía con agrado y la predisponía al descanso. Indicó a Nula que se detuviera levantando una

mano y Nula, obediente, bajó las suyas y dio un paso atrás con la toalla blanca y suave de Rujdg entre los dedos, mirando al suelo en señal de sumisión.

- Es suficiente Nula -dijo Paola con serenidad-. Puedes retirarte. Te llamaré si te necesito.

- Como mande, señora -respondió Nula inclinándose aún más y retirándose de la cámara con la toalla en las manos.

Paola quedo sola en la cámara y volvió a observar su cuerpo desnudo en el espejo: “Aun soy una mujer hermosa” -pensó. Su cuerpo, trabajado a diario en la sala de entrenamiento, mostraba una musculatura firme y bien formada. Su piel, aun era tersa y suave, su generoso pecho se mantenía firme y tan solo algunas pequeñas arrugas entorno a sus ojos y quizás en la comisura de sus labios, eran los únicos rastros que el paso del tiempo había osado dejar sobre su legendaria belleza. “Aun podría engatusar a cualquier caminante que me propusiera” -pensó. “¿Quizá Lord Cínero?” -coqueteo ella sola mientras una sonrisa traviesa acudía a sus labios.

De pronto, algo la inquietó. Se le puso la piel de gallina y de repente noto frio. “¿Que pasa?” - se pregunto. Se giró y se cubrió con la camisa de seda blanca que acostumbraba ponerse para dormir, ajusto los broches con el emblema verde de los Storm en el centro y se quedó quieta escuchando, incómoda por no saber que era lo que la inquietaba. La incomodidad dio paso a la alarma cuando se dio cuenta de lo que pasaba: el sutil zumbido del campo de fuerza que protegía el complejo había cesado. Estaba tan acostumbrada al constante zumbido que no era consciente de él hasta que dejaba de oírlo. Inmediatamente, se encaminó a la puerta para ver qué ocurría. Apenas la había alcanzado, cuando la puerta se abrió súbitamente y el capitán Rock se precipitó sobre el suelo, a sus pies, sangrando por la boca e intentando infructuosamente levantarse del suelo con un brazo roto. Paola Storm se hizo a un lado ahogando un grito con ambas manos. Su corazón latía con intensidad después de ver con espanto como detrás del desafortunado capitán Rock, entraban tres hombres con paso firme y la empujaban al centro de la cámara.

- ¡Vaya…vaya…vaya! ¡Disculpe que entremos a estas horas de la noche en sus dependencias privadas, Dama Storm! -dijo el más fuerte y alto de los tres-. Pero el tiempo es oro.

Después se giró, apuntó con el bláster a la cabeza del capitán Rock, y esparció sus sesos por el lujoso suelo de la estancia sin apenas prestarle atención.

- ¿Habéis localizado ya los chicos? -pregunto a uno de sus acompañantes.

- No señor. Los muchachos siguen registrando todo el complejo.

- Levantad un Spider, quiero un escaneo y un barrido con cámaras térmicas de toda la fortaleza y los terrenos adyacentes -ordenó.

- A la orden -respondió, e inmediatamente transmitió las ordenes a través del micrófono subcutáneo que llevaba implantado en el cuello, debajo de la mascara con la que cubría su rostro.

Su jefe se acerco hasta prácticamente tocar a Paola Storm, y comenzó a caminar lentamente alrededor de ella, hablándole desde detrás de la mascara:

- ¡Paola Storm…! ¿que te parece Lugh? -pregunto a uno de los soldados si girarse-. La belleza de la dama Storm es famosa en toda la Federación. Dicen que sus tetas han conseguido más contratos para los Storm que los bláster de sus soldados -hablaba desde la espalda de Paola Storm, que se mantenía erguida, orgullosa, dispuesta a no dejarse robar ni un ápice de su dignidad, mientras aquel tipo le apretaba el culo con una mano, valorando si este, estaba o no a la altura de la leyenda.
Continuó girando alrededor de Paola hasta colocarse delante de ella:

- ¿Notas esa sensación en tu estomago? -le preguntó-. ¿La angustia agarrándose en lo más hondo de tus entrañas? Es el fracaso. Es la certeza de haber fracasado en tu único cometido en la vida -hizo una pausa y acercó más a la cara de Paola-. Es lo que se siente al haber echado por tierra una estirpe que se remonta al mismísimo Guissé -hizo otra pausa-. No has sabido proteger a los tuyos Paola… pero si… -dijo mientras bajaba la mirada y se detenia en su pecho- eres hermosa -y comenzó a acariciar con su dedo indice el cuello de Paola, bajando suavemente hasta el inicio de su pecho, para después, con un gesto rápido y brusco, bajar la mano con fuerza y arrancar de golpe los broches de la camisa que cayeron ruidosamente por el suelo.

- ¿Que cobarde, hijo de una ramera kamitie, se esconde detrás de una mascara para evitar asumir la responsabilidad y vergüenza de sus actos? -escupió Paola ,sosteniéndole la mirada.

- Tienes razón -admitió él, mientras sonreía-. Una mujer como tu, se merece ver la cara de aquellos que la condenan al olvido -dijo mientras con su dedo indice, apartaba suavemente la camisa, primero de su pecho derecho, y después del izquierdo, dejando su cuerpo desnudo expuesto a la vista de todos. Después se quito la mascara y ordenó con un gesto a sus dos acompañantes que hicieran lo mismo.

- ¡Suizei Ukanaka!… ¿como no? -dijo sin sorpresa Paola-. ¿Tu padre se ha vuelto loco? Mi hija se casará con Marthen Cínero en apenas un mes. ¡Os van despellejar vivos por esto! -termino con todo el desprecio que fue capaz de reunir.

- No Paola… mi padre no se ha vuelto loco -y sonrió al descubrir en la expresión de sorpresa, un atisbo de miedo en el rostro de Paola-. Estás sola… nadie vendrá a ayudarte.

Sin previo aviso, un terrible cabezazo de Suizei Ukanaka dio de bruces con ella en el suelo, dejándola aturdida, casi inconsciente. Para cuando volvió a tener el control sobre su cuerpo, Suizei Ukanaka estaba sobre ella, la violaba, apretaba con fuerza uno de sus pechos con una mano y con la otra, rodeaba el cuello de Paola, mientras sus dos hombres la sujetaban por las muñecas. Le dolía la cara, juraría que tenia la nariz rota y notaba la sangre corriendo por su garganta. Suizei se movía cada vez más violencia, quería hacerle daño, quería verla llorar, oírla gritar… pero Paola no iba a darle esa satisfacción. Cerraba los ojos y pedia los dioses que la garra de hierro con la que Suizei rodeaba su cuello, apretara un poco más y la liberara por fin de aquel tormento. Pero no fue así. Suizei terminó con un último y brutal empujón, jadeando encima de su cara, goteando sudor y gotas de saliva sobre su nariz rota. Se levanto y mientras la miraba con desprecio, hizo un gesto a uno de sus hombres con la mano mientras ordenaba:

- Te toca, Ákiro. Ahora tu.

Se levantó raudo Ákiro feliz por la posibilidad de “tirarse” a toda una Dama de las grandes familias, desabrochándose el pantalón mientras sonreía, y se colocaba sobre Paola Storm.

- ¿Y los otros dos? - preguntó Suizei.

- Es imposible que estén en el complejo -dijo nervioso Lugh-. Pero seguimos buscando, señor.

- El tiempo se acaba, debemos… -Suizei se interrumpió al escuchar lo que parecía una risa. Lejana, sutil, pero sin duda, una risa que crecía y se hacia cada vez más fuerte y clara. Se giró y pudo ver debajo del cuerpo de Ákiro, que se movía con ímpetu, la cara con la nariz rota de Paola Storm que se reía cada vez con más y más fuerza. Suizei notó como la ira se apoderaba de él al comprender porque aquella mujer aguantaba con entereza aquel tormento: ganaba tiempo. Tiempo para que sus hijos escaparan. Era el sacrificio póstumo que ofrecía a cambio de una oportunidad para sus hijos, una oportunidad para su familia.

En dos zancadas Suizei alcanzó el lugar donde Ákiro violaba a aquella mujer, lo levantó con ambas manos y lo hizo a un lado bruscamente. Se subió a horcajadas sobre el cuerpo de Paola que reía sin control y acercó la cara hasta estar apenas a un par de centímetros de la de ella:

- ¿Donde están, zorra? -pregunto en un susurro, escupiendo saliva y rencor con cada palabra-. ¿Donde están tus putos cachorros? -sabia que el tiempo se acababa, y aquella desgraciada le iba a decir donde estaban sus hijos aún que tuviera que sacárselo a golpes.

Paola dejo de reír para dar rienda suelta al odio y responder lentamente:

- Algún día, mis cachorros os abrirán en canal a ti y al mal nacido de tu padre -espetó con desprecio-. Sé que lo harán. Ellos saben que ni mi cuerpo ni mi alma descansarán hasta entonces -y volvió a reír con fuerza, con la certeza de que su destino estaba sellado, pero el de su familia, aún estaba por escribir.

- ¿Donde están? -volvió a preguntar Suizei, recibiendo por respuesta la carcajada cada vez más furiosa de Paola Storm.

Sin poder contenerse, Suizei levantó el puño y lo descargó con todas sus fuerzas sobre el maltrecho rostro de Paola. Notó esta que algo se quebraba en su cara. Un dolor intenso se apoderó de su cabeza mientras aturdida, sintió como la sangre se acumulaba en su garganta al hundirse el pómulo derecho, y las lagrimas inundaban sus ojos impidiéndole ver a Suizei que le volvía a preguntar:

- ¿Donde están? -y al no obtener respuesta, descargaba otro furioso puñetazo sobre la cabeza de Paola-. ¿Donde están? -repetía la pregunta con cada golpe, una y otra vez, como si de un mantra desesperado se tratara-. ¿Donde? -el eco de su propia voz resonaba en la habitación mientras la golpeaba.-. ¿Donde están? -repetía fuera de sí, atrapado por una furia ciega, atrapado en un ciclo incesante de violencia, locura y desesperación-. ¿Donde están? -y volvía a levantar el puño, cuando sintió que alguien le sujetaba la mano.

- ¡No puede oírle, señor! -gritaba Lugh-. No puede oírle -se disculpó nervioso bajando la voz, mientras con sumisión, soltaba el brazo de su señor y miraba al suelo.

Suizei se giró para observar el amasijo de sangre, huesos y dientes rotos en que se había convertido el otrora hermoso rostro de Paola Storm. Un ligero silbido se escapaba de aquella cara desfigurada cada vez que su cuerpo luchaba desesperadamente por coger aire. Los silbidos se fueron haciendo cada vez más cortos y tenues hasta que finalmente cesaron, dejando la sala completamente en silencio.

Suizei se levantó como saliendo de un trance. Le echó una última mirada llena de odio a aquella mujer que acababa de ponerlo en jaque, y miró a Ákiro que lo observaba con la boca abierta, tumbado aún sin pantalones en el suelo:

- Acaba -dijo-. Aun está caliente -y se dirigió a la puerta seguido por Lugh mientras Ákiro se incorporaba con una extraña sonrisa y se aproximaba al cuerpo sin vida de Paola.

-Señor hemos recibido el informe del Spider -anunció Lugh-. El escaneo a revelado un complejo de túneles subterráneos bajo todo el recinto. La cámara térmica ha descubierto a un grupo de tres personas que se desplazan por los túneles. La salida más próxima dada su posición actual, está al este, tras la colina.

- Recoged todo -ordenó Suizei-. Y matarlos a todos. Sin testigos. Después cubrir las tres salidas de los túneles, pero con discreción -se detuvo a pensar un momento-. No más de 2 o 3 soldados por salida. Son solo dos críos y un acompañante. Tu y yo, cubriremos la salida este.

- A la orden -respondió inmediatamente Lugh, que transmitió las ordenes pulsando ligeramente el micrófono subcutáneo de su cuello.

III

Túneles de evacuación, subsuelo de la residencia Storm, Or.

- ¡Por aquí, rápido! -urgía Nula a los dos chicos-. La salida está ahí delante.

Nula guiaba los dos jovenes por los túneles desde hacía casi 30 minutos. Temió haberse desorientado en un par de ocasiones, pero ahora estaba segura de que iban en la dirección correcta.

Tras dejar a su señora después del baño, se encaminó a la lavandería para dejar la toalla y oyó ruidos de lucha fuera de la casa. Se acercó a una de las ventanas que daban al patio para ver que pasaba y vio como abatían a un grupo de soldados Storm a los que habían hecho formar en medio del patio de armas. Nula se giró entonces para dar la voz de alarma a su señora, pero apenas había dado un par de pasos, cuando escuchó ruido de gente corriendo en su dirección lo que la hizo esconderse detrás de una de las puertas de servicio. Desde allí, vio como tres hombres arrastraban al maltrecho capitán de la guardia y lo lanzaban dentro de la cámara privada de su señora. Fue entonces cuando decidió ir en busca de los chicos, y sacarlos de allí lo antes posible a través de los túneles.

Ahora encabezaba la marcha con una linterna de agua seguida por Criss y Conn Storm. Cuando iban a hacer un giro hacia la derecha, algo llamo la atención de Conn y lo hizo detenerse un momento para escuchar. Creía haber oido pasos siguiéndolos. Aguzó el oido pero no fue capaz de distinguir nada que no fuera el lejano goteo de alguna filtración de agua dentro de los túneles. Giró a la derecha por donde acababan de pasar la casirat y su hermana Criss y siguió avanzando detrás de la claridad que desprendía la linterna de Nula que avanzaba un par de giros más adelante.

De repente, un fuerte resplandor y los gritos de terror de su hermana lo hicieron parar en seco. “Un bláster” -pensó-. “Eso ha sido un bláster”- se convenció. Recobrado de la sorpresa inicial, volvió a caminar con cautela en dirección al resplandor de la linterna de la anciana casirat. Al llegar a un giro donde el túnel tomaba dirección norte, pudo oír hablar a dos hombres y el llanto asustado de su hermana.

Se acercó con el bláster en las manos y la espalda pegada a la pared. Tenía la boca seca y el bláster se movía inseguro entre sus temblorosas manos. Gotas de sudor resbalaban por su frente, le irritaban los ojos y el corazón desbocado, latía con tanta fuerza que temía que sus latidos lo

delatasen en la oscuridad del túnel. Dudaba. No sabia qué hacer y decidió echar un vistazo: asomó apenas un ojo y vio al otro lado que Nula yacía sin vida en medio de un charco de sangre, mientras Suizei Ukanaka sujetaba a su hermana por el pelo y hablaba con su compañero:

- ¿Que te parece Lugh? -preguntaba mientras se reía-. Follarse a la madre y a la hija en una sola noche, debe de ser algún tipo de récord... ¿no crees? -preguntaba entre carcajadas.

- Sin duda mi señor -respondía el tal Lugh-. ¡Todo un récord!

- ¿Donde está el cobarde de tu hermano, cielo? -preguntaba Suizei a su hermana-. ¡Se va perder el espectáculo! -decía entre risas.

- Nos separamos... -consiguió articular entre sollozos Criss-. Para que fuera más difícil encontrarnos. -mintió finalmente.

- Pregunta si es verdad al Spider, Lugh -ordenó Suizei.

- El transmisor no funciona aquí dentro, señor -respondió Lugh-. Demasiada tierra sobre nuestras cabezas.

- Bien, vigila entonces -ordeno-. Yo voy a divertirme un rato -dijo mientras soltaba otra carcajada-. Tiene que ser un récord...

Rasgo la ropa de dormir de Criss mientras la sujetaba con fuerza por el pelo hasta dejarla completamente desnuda. Después, le propinó un fuerte puñetazo que tiro y dejó conmocionada a la joven en el húmedo y frio suelo del túnel. Inmediatamente después, comenzó a aflojarse los pantalones mientras se reía.

Conn Storm se volvió a ocultar trás la esquina, apoyando la espalda en el muro. Espantado, trataba de controlar su respiración mientras jadeaba y sudaba intensamente. Apretaba y soltaba una y otra vez el bláster entre sus manos mientras trataba de decidir que hacer. “¡Joder!” -se repetía una y otra vez-. “¡Joder! ¡Tengo que hacer algo!” -trataba de convencerse mientras intentaba armarse de valor.

Volvió a asomarse a mirar.

Suizei Ukanaka sujetaba las dos muñecas de su hermana con una sola mano, mientras con la otra, apretaba el cuello de Criss y se movía con violencia entre sus piernas. El otro soldado, vigilaba con el bláster preparado mientras sonreía. “Si disparo y fallo, no tendremos ninguna

oportunidad ninguno de los dos” pensó Conn-. “¡Pero tengo que hacer algo!” -decidió con convicción.

Su respiración se aceleró, su corazón latió con más fuerza, apretó el bláster entre las manos y … cerró los ojos.

Notó como las lagrimas corrían por sus mejillas a la vez que su corazón se calmaba y su respiración se hacia más lenta al aceptar la decisión que había tomado. No iba a hacer nada. No quería morir… no quería morir.

Volvió a abrir los ojos y observó las torneadas piernas de su hermana separadas por el cuerpo de Suizei. Observó como su hermana luchaba desesperadamente por liberarse de la mano con la que Suizei rodeaba su cuello y que apenas permitía el paso suficiente de aire para mantenerse con vida, se detuvo en los pechos de Criss subiendo y bajando con los movimientos del Ukanaka, y volvió a esconderse tras la esquina, para descubrir espantado… que estaba excitado.

Cerró los ojos mientras frotaba con una mano la cara y se enjuagaba el sudor de la frente como queriendo despertar de aquella pesadilla. Al volver a abrir los ojos, sintió un profundo desprecio por si mismo. Tenia miedo, estaba confuso y descubrió que morir ya no le parecía tan mala idea.

Decidió acabar con aquello.

Levantó el bláster, ya no le temblaban las manos, se asomó y vio que Suizei Ukanaka estaba de pié, terminando de subirse los pantalones y su compañero, había dejado el bláster en el suelo mientras desabrochaba los suyos y miraba a su hermana con deseo, tendida en el suelo, mientras esta intentaba volver a respirar. Estaban desarmados, era su oportunidad y no la desaprovecharía. Dió un paso al frente, entró en la estancia y disparó sobre aquel desgraciado que murió con un agujero del tamaño de una naranja en el pecho antes de saber que estaba pasando. Entró en pánico cuando el resplandor del bláster lo cegó momentáneamente en la oscuridad del túnel. Fueron los segundos más largos de su vida. Buscaba desesperadamente a Suizei apuntando en todas direcciones con el bláster. Para cuando consiguió apuntar a Suizei, este ya levantaba su bláster en dirección a Conn que consiguió disparar dos veces seguidas, destrozándole con uno de los disparos el antebrazo en el que Suizei sujetaba el blaster.

Suizei cayó en el suelo sujetándose el brazo izquierdo y aullando de dolor. A duras penas, consiguió recostar su espalda contra uno de los muros arrastrándose por el frio suelo, y encarar a Conn. Levantó este el bláster y apuntó a la cabeza de Suizei:

- !Cabrón de mierda! -escupió Suizei entre jadeos-. ¿Cuanto tiempo llevabas ahí, eh? ¿Te la estabas meneando? -preguntó mientras apretaba los dientes entre palabra y palabra intentando contener el dolor.

Conn noto como la vergüenza lo invadía. Sintió el calor subiendo por su cara al ruborizarse y su labio inferior temblando nerviosamente. “Cállate” -pensó una vez.

- ¡Cállate la boca! -gritó al fin, mientras bajaba el bláster y disparaba a Suizei entre las piernas-. ¡Cállate hijo de puta! ¡Vas a morirrr! -gritaba fuera de sí.

Los aullidos de dolor de Suizei resonaban en las paredes del túnel mezclándose con los gritos de Conn, mientras intentaba sujetarse la entrepierna con la única mano que le quedaba.

Conn volvió a levantar el blaster, lo sujetó con fuerza y apunto lentamente a la cabeza de Suizei. Sonrió con desprecio y apretó el gatillo haciendo saltar por el aire la cabeza de aquel hombre al que odiaba y al que sin saberlo, se parecía tanto.

Conn recobró la conciencia unos segundos después, cuando oyó gimotear a Criss a su espalda. Se giró y vió a su hermana acurrucada, tirada aún en el suelo, abrazándose las piernas y con la mirada perdida. Se agachó junto a ella, le tendió la mano y le hablo suavemente, tratando de controlar la urgencia:

- Vamos Criss… levántate. Debemos irnos de aquí antes de que vengan más -le suplicó Conn-. Debemos ponernos los trajes de combate. Ocultarán nuestra huella térmica y no nos podrán localizar. ¡Vamos! -repitió a su hermana mientras la ayudaba a levantarse. Se giró y le tendió uno de los equipos de campaña. Cris empezó a vestirse conmocionada, lentamente, como si no fuese consciente de lo que pasaba a su alrededor, mientras Conn se esforzaba apartar sus ojos de los pechos desnudos de su hermana.